

Un HEROE

de Santidad

en la Nueva España

Fray Juan Bautista de Mestas

*Dr. ALBERTO DE MESTAS,
Secretario de la Legación de España en
El Salvador*

EN el corazón de los Picos de Europa, con serenos valles y majestuosas montañas, profundas gargantas por las que se despeñan los torrentes y verdes campiñas salpicadas de hoscas y grises peñascos, aislado del mar por la sierra del Cuera y de la meseta castellana por picachos cubiertos de nieve (Peña Vieja, Peña Castil, el célebre Naranco de Bulnes)...), forma el concejo de Cabrales un rincón remoto y apacible del Principado de Asturias.

Soplan en sus valles los frios y secos vientos del nordeste, y los preñados de lluvia que vienen del poniente,

y agitan unos y otros las frondas de los castañares, los robledales y los encinares. Dora el suave sol del verano los frutos de oro de los maizales y las pomaradas y en el invierno la nieve da al paisaje un aire de nacimiento, mientras los campesinos se refugian al amor de la lumbre en las amplias cocinas con solemnes chimeneas de campana.

Entre las villas del concejo destaca, por la solera de sus viejos edificios, la de Arenas, sede de la parroquia de Santa María.

Hay allí viejas casonas de piedra, patinadas por el paso de los años y las

continuas caricias de la lluvia, que aún conservan su traza majestuosa a pesar de los estragos que, juntamente, realizan el tiempo y la incuria.

Una de esas casonas, llamada «El Torrejón», remonta su venerable antigüedad, según parece probable, al siglo XVI y luce en su fachada un escudo de armas que proclama la hidalguía de sus antiguos moradores.

Allí nació, en aquel mismo siglo XVI que presenció el nacimiento asombroso del Imperio hispano, quien en el

Nueva España, edificó una casa para residencia de su familia, a la que, por su tamaño, dióse en Arenas el nombre, que aún perdura, de «El Palacio». Luce en sus muros el escudo del apellido Mestas: En campo de azur un león rampante que sostiene una cruz de cuyo brazo superior salen llamas; cuatro estrellas, dos rosas, en punta ondas de mar y en bordura el hermoso lema que tiene sabor de meditación del Kempis: «Nada hay que más despierte, que velar sobre la muerte».



mundo se llamó Gómez de Mestas, y en la soledad del claustro mejicano recibió el nombre de Fray Juan Bautista.

Su familia paterna, escasa siempre en el número de sus varones, era de vieja raigambre en Arenas. Asturiana por los cuatro costados y del corazón del principado, ese corazón que se muestra grandioso en Covadonga.

Andando los años, ya muerto Fray Juan Bautista, uno de sus deudos, el Capitán Don Juan Antonio de Mestas Cosío, al regresar del Virreinato de la

Don Juan Antonio de Mestas costeó también el altar barroco de la vieja iglesia parroquial, dorado con oro traído del lejano Méjico.

Pero antes de regresar del Virreinato, aquel capitán, devoto de su Dios y amante de su rincón natal y de su stirpe, realizó otra obra perdurable.

En el año 1718, cuando en España reinaba la Católica Majestad de Felipe V, ya triunfante en su empresa, aunque a costa de las pérdidas de Utrecht, y le representaba en Méjico el Virrey Don Baltasar de Zúñiga, mar-

qués de Valero y duque de Arión, en la imprenta de los herederos de la viuda de Francisco Rodríguez Lupercio, sita en «la puente de palacio» a su «devoción y petición», como deudo y paisano del venerable Fray Juan Bautista, se editó un libro conteniendo su vida, entresacada de la *«Crónica de los ilustres varones que han edificado con excelentes virtudes dicha Santa Provincia de San Diego, en la Nueva España e Indias Occidentales»* escrita por Fray Baltasar de Medina, natural de la ciudad de Méjico, lector de Teología, hijo y definidor de la misma provincia religiosa antes citada, de la seráfica descalcez y comisario visitador de la de San Gregorio de Filipinas.

*

Dícenos el Padre Medina de su biografiado que «sobre el colmo de todas virtudes, religión y aspereza, puso Dios como padrón principal la pureza de su alma y cuerpo que conservó desde la cuna al sepulcro, como otro Joseph, entre no leves tentaciones y encuentros, siempre sin mancha, ni desliza a la torpeza».

Nació en Arenas «en el principado de Asturias, en los Reynos de Castilla» y recibió en el bautismo el nombre de Gómez el cual «mexoró en la profesión, pidiendo al Prelado el título de Juan, como presagio de la pureza que avía de imitar en el Precursor, o del levantado espíritu a que avía de volar con el Evangelista sagrado».

Y en su niñez «cargó el yugo de suaves costumbres y christianos ejercicios».

Asturias, en las zonas puramente agrícolas (y entonces el principado, de uno a otro extremo, sólo de lo agricul-

tura vivía) es país pobre. La emigración se impone, en busca de nuevas tierras y de más dilatados horizontes. Así, la ilusión de mejorar de fortuna llevó bien pronto a tierras de América a los segundones hidalgos campesinos, para los que ya no quedaban tierras ni bienes disponibles en su rincón natal, al dividirse el menguado patrimonio familiar.

Quizá esta ilusión, o al menos la de no ser gravoso a la familia, aunque hidalga escasa de dinero, fué lo que movió a Gómez de Mestas a trasladarse a las remotas tierras, cuya conquista por Hernán Cortés aún estaba reciente, pues no habían transcurrido todavía desde aquellos años, ni tres generaciones.

Sabemos por su biógrafo que pasó por Sevilla y que allí «salió un día a una pequeña huerta con otros amigos y caballeros» y hubo de resistir en ella una grave tentación, obra de una doncella, hija de uno de sus ocasionales compañeros de excursión, la cual, arrepentida después del escándalo dado, pidió a sus padres «la volviesen al monasterio que por su tibieza había dexado», (ya que había pasado once meses en uno, creyendo tener vocación religiosa), y allí, nuevamente reclusa, perseveró hasta su muerte «con gran edificación de su comunidad».

Pocos datos nos da el Padre Medina sobre la vida en Méjico de Gómez de Mestas. Su vocación le vino, según manifestó él a su confesor en vísperas de su muerte, al aparecérsese un día San Francisco «como que iba de camino, levantado el hábito, con sandalias y báculo, quien oyó que le dixo: Si te quieres salvar toma el hábito de mi religión».

Y dice el Padre Medina que «Oyó la voz de Dios, no endureciendo el corazón a su obediencia, aunque dilató su ejecución y cumplimiento por algunos años».

La visión del santo fundador debió tener lugar en Asturias, quizá en su casona, en «El Torrejón», puesto que el Padre biógrafo da a entender que después de ella, pasó «a la Nueva España por trabajos y torturas, que selló siempre con la cubierta del silencio»... «cuando contaba su viaje y peregrinación en el siglo».

Cuando por fin vióse libre de los lazos que le retenían al mundo, vistió el hábito en el año 1599 en el tiempo en que «florecían los singulares varones que dieron principio a la custodia, entre los cuales se crió alimentándose con la estrechez de su reforma, para crecer gigante de toda virtud y doctrina».

El 29 de junio de 1600 Gómez de Mestas ingresó por fin en la Orden de San Diego, haciendo la profesión solemne, y fué entonces cuando recibió su nuevo nombre «naciendo segunda vez a la religión y a la gracia».

Cuéntanos en sabroso español antiguo el buen fraile biógrafo, cómo el nuevo fray Juan Bautista fué siempre ejemplar en sus ayunos y sus mortificaciones y tan continuo en la oración «no faltando jamás a las comunidades del coro, todo lo restante del día gastaba en coloquios divinos y meditaciones, ya en su celda, ya en la Iglesia o choro, donde era su ordinaria habitación». Elogia también su pobreza, su obediencia y su humildad, y el desprecio y desestimación por sí mismo «que llegó a tocar la profundidad y abismo de su nada, bajando a lo más hondo,

que descubría la negación de su propia voluntad huyendo los aplausos, teniéndose por inútil siervo el que merecía por sus virtudes grandes honores».

Fray Juan Bautista de Mestas se dedicó principalmente a la labor apostólica de ganar almas para Dios desde el confesionario y El le comunicó «especial gracia para consolar a los penitentes, reprehender con eficacia sus vicios, alumbrar con paciencia sus ignorancias, oír con modestia sus culpas, ajustando a los delitos las penitencias».

Otra gracia especial concedió el Señor a su humilde siervo, la de «alcanzar a ver distancias donde no llegan los ojos sin superiores luces». Y así, en dos ocasiones, consoló a dos pobres mujeres que creían que sus maridos habían muerto (uno en tierras lejanas, el otro ahogado en el mar) anunciándoles que no eran ciertos sus temores y que pronto tendrían noticias de ellos.

Sabor de leyenda dorada tiene otro episodio de la vida de Fray Juan Bautista que nos refiere Fray Baltasar Medina. Cuéntanos que el divino misterio del altar «le arrebatava sus afectos y devoción» y por ello se cuidaba piadosamente del aseo de los altares, de la limpieza y adorno de la lámpara, eligiendo mas estos», al mundo, baxos empleos, altísimos en la casa de Dios, que las habitaciones palacios de grandeza».

Y el Señor estimó tanto la humilde labor de su siervo que estando un día ausente de su convento, en vísperas del santo cuyo nombre llevaba en el claustro, «se apagó la luz de la lámpara del convento de la Puebla y vido y notó un testigo, (que así lo depone en las informaciones) que el cuydadoso

siervo, como antorcha ardiente, la encendía otra vez, costando con evidencia, que á aquella hora estaba fuera del convento y lugar».

Veintiocho años vivió así, santa y apaciblemente, la mayoría de ellos en el convento de Puebla, Fray Juan Bautista de Mestas, pasando su tiempo en oraciones, penitencias y meditaciones y otorgando el perdón celestial a los penitentes que a él acudían. En distintas ocasiones fué Maestro de Novicios, Definidor y Guardián.

Flaco, débil de salud, su cuerpo virgen se resentía con las penitencias sufridas. Por fin enfermó gravemente en Puebla y entonces «estrechó más los amores y finezas del Sacramento del Altar».

En su lecho de enfermo le habló, según él dijo luego a sus hermanos de religión, la imagen de un Cristo que ellos habían colocado en su celda, y el Señor le ordenó corregir «algunas relajaciones que la tibieza avía permitido en la provincia».

Por fin el 7 de noviembre de 1627, a las once de la noche, «se cerró el período de sus virtudes y ajustada cláusula de sus días».

En aquellas mismas horas, en el silencio de la noche que se ceñía sobre la austera ciudad colonial, salían de maitines «las señoras religiosas descalzas de Santa Teresa» y a su frente iba la priora, Madre Melchora de la Asunción. Y cuando las piadosas mujeres recorrían los pasillos del convento, camino de sus celdas, por una ventana abierta, desde la que se divisaba parte de la ciudad dormida, vieron que del convento de Santa Bárbara salía una luz resplandeciente, a manera de globo

luminoso, que luego, acercándose a su monasterio, se elevó y desapareció lentamente en el cielo estrellado.

«Admiradas del caso se detuvieron un rato y luego oyeron doblar en el convento, de donde piadosamente discurrieron las religiosas que aquel globo se formaba por estar a la muerte algún religioso de particular virtud».

El 8 de noviembre fué sepultado el austero dieguino. Las flores cubrieron su mortaja y sus hermanos de orden la adornaron con la palma y corona merecidas por su castidad invicta.

Y así pasó del mundo el hidalgo asturiano, nacido en el montañoso corazón del Principado, Gómez de Mestas, a quien Dios trajo junto a sí, en el claustro, dándole un nombre nuevo con el de su santo precursor y grandes dones de gracia con los que su vida fué pura y ejemplar.

Porque «nada hay que más despierte que velar sobre la muerte», el religioso dieguino, con sus rezos y sus meditaciones, se preparó velando para esperar aquella dulce muerte en los brazos del Señor, y así vivió despierto a las llamadas de la gracia.

Y Fray Baltasar de Medina termina la biografía contando los favores obrados por intercesión del piadoso siervo de Dios. Recurriendo a su protección sanaron de diversos males varios vecinos de Puebla, entre ellos Juan del Hoyo, Catalina e Isabel de Alva, Catalina de la Cruz, otra Isabel de Alva, un hijo de Diego Martín, una mujer de este mismo apellido llamada Francisca, así como un esclavo de Andrés de Cifuentes.

.....

El libro de Fray Baltasar de Medina, editado, como dicho queda, en 1718 a «devoción y petición» del Capitán Don Juan de Mestas Cosío, es hoy de adquisición casi imposible.

En la colección de libros y manuscritos americanos formada en Chile por el señor Medina existe un ejemplar.

La Rockefeller Foundation proporcionó hace años los fondos necesarios para reproducir todos esos libros y manuscritos (unos 1800) en microfilms, y la colección de éstos fué, a su vez, depositada en la Brown University, del Estado de Rhode Island, enviándose copias a la Library of Congress, de Wash-

ington (DC), que así enriqueció su inmenso depósito.

Y fué durante mi estancia en la bella capital de los Estados Unidos, como secretario de embajada de mi patria, cuando pude lograr una reproducción fotostática del libro de Fray Baltasar Medina, sobre aquel hoy olvidado fraile, mi lejano pariente, muerto en olor de santidad en tierras de la Nueva España, donde yo vine al mundo y con las que mi familia, por mis cuatro costados, tiene estrechos vínculos ya seculares, que hacen de Méjico nuestra segunda patria.

San Salvador, abril de 1948.

